

A eso de la media noche, dijo, despertáronla sobresaltada varios golpes en la puerta de su cuarto; Oliverio la suplicaba que se levantase y corriera á la habitación de su padre, que estaba agonizando. Madelon saltó del lecho poseída de espanto, y abrió la puerta; el joven, con los ojos extraviados y la frente bañada en frío sudor, precedíala con una luz, y, al llegar al taller, encontraron á Cardillac exhalando el último aliento. Su hija se precipitó sobre el cuerpo, del cual se escapaba un torrente de sangre; mientras que Oliverio desgarraba las ropas del anciano para aplicar un apósito en la terrible herida que tenía en el lado izquierdo del pecho. Esta operación reanimó un poco á Cardillac, que, abriendo los ojos, fijó una mirada de ternura en su hija y en Oliverio y unió sus manos con la suya. Los dos jóvenes, poseídos de angustia, cayeron de rodillas junto al moribundo.

Durante aquella noche de duelo y de lágrimas, Oliverio refirió á Madelon cómo Renato Cardillac había sido herido por unos hombres á quienes no conocía, durante una excursión nocturna, y no sin grandes esfuerzos pudo conducir á su amo hasta la casa. A la mañana siguiente los vecinos acudieron para informarse de la causa de los extraños rumores que oyeron la noche anterior, y horrorizados, al ver el cadáver de Cardillac, dieron parte á la ronda, á fin de que condujera á la prisión á su hija y á Oliverio, á quienes suponían autores ó cómplices del asesinato, á pesar de su desconsuelo.

Madelon defendía enérgicamente la inocencia de Oliverio; hablaba de los últimos momentos de su padre con efusión, que revelaba la verdad de sus palabras; y dijo que aunque hubiera visto por sus propios ojos al joven hundir un puñal en el pecho del anciano, se habría resistido á creerle culpable, suponiendo más bien que se hallaba bajo el imperio de una fascinación

diabólica. Profundamente conmovida por todo cuanto había visto y oído, la señora Scuderi creía en las ingenuas protestas de la joven; y, por otra parte, todos los informes tomados fueron favorables; Oliverio era generalmente apreciado en el barrio, y siempre parecía haber existido el más sincero afecto entre el maestro y el aprendiz. Todos decían que semejante crimen ocultaba algún misterio, y que sólo la habilidad de la justicia llegaría á descubrirle más pronto ó más tarde. Oliverio, conducido á la Cámara Ardiente, negó el crimen de que se le acusaba, jurando que su amo había perecido víctima de un ataque nocturno; y su relato convenía perfectamente con el de Madelon. La señora de Scuderi adquirió muy pronto la certeza de que Oliverio era inocente, sin contar que el joven aprendiz no tenía el menor interés en cometer tan odioso crimen. ¿Cuál era su posición en la casa de Renato Cardillac? Obrero pobre, pero dotado de la mayor disposición, había merecido de parte del maestro un sincero cariño; amaba á la hija del artífice, y el padre favorecía á los jóvenes, pues su porvenir era risueño, pudiendo esperar ambos felicidad y fortuna. ¿Qué causa fatal hubiera podido impulsar á Oliverio Brusson á mancharse con el crimen más abominable é inútil? La señora de Scuderi resolvió salvar al pobre joven de la inevitable sentencia que la Cámara Ardiente dictaba con ciego rigor contra todo acusado; pero antes de invocar la real protección, pensó que debía ante todo solicitar la benevolencia del presidente la Reynie, combatiendo los cargos de la acusación.

El temible juez recibió á la señora Scuderi con la ceremoniosa política de que no se apartaba nunca, tratándose de las personas influyentes en la corte: prestó atento oído á los detalles que se le comunicaban; y á todas las protestas de la noble señora contes-

tó con una sonrisa mezclada de una imperceptible ironía. Cuando la dama acabó de hablar, contestóla en estos términos:

—Admiro, en verdad, vuestro excelente corazón, que os induce á defender á una joven cuyas lágrimas son fingidas, y que sabe desmayarse oportunamente; á mí no me sorprende veros rechazar como cosa imposible hasta la idea de tan odioso crimen, como el asesinato de Cardillac; pero un juez, señora, un magistrado á quien sus rigurosos deberes ponen de continuo ante los seres más depravados de la sociedad, ha de arrancar forzosamente á la hipocresía su máscara de inocencia. No creo necesario dar cuenta á nadie de la dirección comunicada á un proceso criminal; juzgo según mi conciencia, y sin cuidarme de los murmullos ó de la aprobación del público. La Cámara Ardiente es un tribunal extraordinario, y no tiene más medios de acción que el hacha ó la hoguera contra los malhechores que perturban la tranquilidad de París. Sin embargo, no quiero parecer á vuestros ojos un tigre sediento de sangre, y ahora veréis las pruebas que poseo del crimen de Oliverio; paréceme que después de esto vuestra noble compasión se reservará para personas más dignas de ella.

«A Renato Cardillac se le encuentra una mañana en su cuarto cosido á puñaladas; en la casa no están más que su hija y un aprendiz, Oliverio Brusson, en cuyo cuarto se halla un puñal manchado de sangre, cuya hoja conviene con las dimensiones de la herida.—Cardillac, dice Oliverio, ha sido muerto esta noche ante mis ojos.—¿Querían robarle?—Lo ignoro.—Y estando con él ¿no habéis podido defenderle ni pedir auxilio?—Mi amo me precedía á quince ó veinte pasos.—¿Por qué esa separación?—El maestro lo quiso así.—¿Qué causa extraordinaria medió para que el desgraciado Cardillac permaneciese tan tarde fuera de su casa,



OLIVERIO BRUSSON

contra sus costumbres?—No podía decirlo. A esta pregunta, Oliverio parece turbado, suspira y llora, y no se obtiene otra contestación; si pronuncia algunas palabras, sólo es para manifestar que Cardillac había salido realmente de su casa aquella noche, y que recibió fuera el golpe fatal. Ahora bien, señora, tengo la prueba irrecusable de que Cardillac no salió por la noche, y de que Oliverio se defiende con una torpe mentira. La maciza puerta de su casa está guarnecida de hierro, y produce un ruido tan agudo al girar sobre sus goznes enmohecidos, que desde el piso superior oíase muy bien cuándo el artifice salía ó entraba. He interrogado á su vecino más próximo, Claudio Patrú, cuya puerta está contigua, y también á su ama de gobierno, que, á pesar de sus ochenta años, es bastante viva. Estas dos personas, dignas de fe, oyeron á Cardillac cerrar la puerta por la noche con los cerrojos, y subir después á su cuarto, donde rezó sus oraciones y se acostó en seguida tranquilamente, según se pudo presumir por el silencio que muy pronto reinó. Ahora bien, Claudio Patrú está sujeto á frecuentes insomnios, y aquella noche, más atormentado que de costumbre y no pudiendo cerrar los ojos, levantóse y mandó encender fuego. Su ama de gobierno se sentó cerca de él para leerle una antigua crónica; pero el buen hombre, presa de una angustiosa agitación, revolvióse en su sitial ó andaba de un lado á otro de su cuarto. A eso de la media noche oyeron un ruido sordo en el piso superior; el suelo crugió como por efecto de la caída de un cuerpo, y, durante algunos instantes, percibiéronse gritos ahogados. Claudio Patrú y su ama de gobierno, poseídos de secreto espanto, no osaban informarse de lo que acababa de ocurrir; y cuando la luz del día vino á iluminar la obra de las tinieblas, una horrible revelación aterró á los habitantes de la calle Nicasio.

—Pero nada prueba que esos jóvenes sean los asesinos—exclamó la señora Scuderi.

—Dispensad—repuso el presidente;—Cardillac era rico, y poseía una regular cantidad de piedras preciosas de mucho valor. Oliverio Brusson, su futuro yerno, pudo herirle para heredar antes, y tal vez haya dado el golpe por cuenta de otro bribón, conviniéndose los dos en repartirse los beneficios del crimen...

—¡Asesinar por cuenta de otro y repartir el precio de la sangre! ¿Es posible esto?—interrumpió la protectora de Oliverio.

—Muy pronto lo sabréis—prosiguió friamente la Reynie.—El asunto de Oliverio se relaciona con la historia de los crímenes secretos que hace tanto tiempo perturban inútilmente a la justicia. La herida que ha ocasionado la muerte á Cardillac es semejante á las que se observan diariamente en las personas asesinadas en las calles de París ó en las casas mal vigiladas. Otro hecho hay no menos grave á mis ojos, y es que desde la prisión de Oliverio los crímenes han cesado como por encanto, de lo cual deduzco, hasta tener prueba contraria, que á pesar de su juventud era instigador y cómplice de una parte de los desórdenes que han afligido á la ciudad. Hasta aquí ha contestado con negativas imperturbables á todas las preguntas, pero hay medios eficaces para hacerle hablar...

—¿Y Madelon?—preguntó la señora Scuderi.

Una pérfida sonrisa entreabrió los labios del juez, y mirando fijamente á su interlocutora, replicó:

—¿Por qué sería más inocente que Oliverio? No llora por su padre, sino por su amante. Acordaos, señora, de la marquesa de Brinvilliers, y no me acuséis de poca consideración respecto á vos, teniendo en cuenta que un austero deber me obliga á enviar esa joven á la Consejería.

Así diciendo, el presidente ofreció con la mayor cor-

tesía la mano á la señora de Scuderi para conducirla hasta su coche.

—¿Me será al menos permitido—preguntó la dama con cierta vacilación—visitar en su calabozo á ese infeliz Oliverio?

—Puesto que lo deseáis—contestó la Reynie con la siniestra sonrisa que le era peculiar—y ya que creéis descifrar mejor que nosotros los misterios de un alma criminal, no repugnándoos bajar hasta el antro donde la justicia guarda sus presas, de aquí á dos horas se os abrirá la Conserjería y veréis á Oliverio.

Llegada á la prisión, la señora Scuderi fué conducida á un gran patio, con mucha luz, y pocos momentos después, un ruido de cadenas arrastradas por el suelo la hizo estremecer; abrióse una puerta y apareció á su vista Oliverio Brusson. Su aspecto solo bastó para que cayera desvanecida; al volver en sí, y como el preso hubiera desaparecido ya, pidió con voz angustiosa que la condujeran á su coche para alejarse cuanto antes de aquella mansión de horrores. Había reconocido en Oliverio Brusson al joven que arrojó la carta en su coche al atravesar el puente Nuevo. Las dudas se habían desvanecido; la fatal previsión de la Reynie se justificaba; Oliverio Brusson era seguramente afiliado de una cuadrilla de malhechores que saqueaban la capital, y se le podía suponer capaz de todo. La pobre Madelon perdió también por esto su carácter interesante á los ojos de su protectora; y como sucede siempre en tales casos, la impresión desfavorable adquirió más consistencia; de modo que, de reflexión en reflexión, la señora Scuderi se convenció de la culpabilidad de ambos jóvenes. Parecióle que Madelon, apelando á la más refinada hipocresía para defenderse, daba pruebas de su depravación, repugnante en tan tierna edad; era una serpiente que había calentado en su seno, y que debía rechazar cuanto antes... Así

pensaba con profundo sentimiento la noble y virtuosa dama, cuando al entrar en su domicilio, Madelon se arrodilló ante ella con las manos en ademán de súplica, y alterado el rostro por las lágrimas.

—¡Retiraos, retiraos!—exclamó la dama, apartando la vista;—más valdrá que os consoléis en vez de llorar á un asesino que muy pronto sufrirá el castigo de su crimen; y guárdeos Dios de ser llamada también para expiar la culpa.

—¡Ah! ¡Dios mío, todo ha concluído!—exclamó la joven, cayendo desvanecida en el suelo.

La señora Scuderi la dejó en manos de la Martinière y retiróse á su habitación para deplorar la perversidad de los seres que tan bien saben sorprender los más generosos instintos de los nobles corazones. Cuando reflexionaba con profunda tristeza sobre esta última decepción, las quejas dolorosas de la joven llegaron á su oído, y había en ellas tanta sinceridad y angustia, que de nuevo se produjo la duda en el ánimo de la noble dama, y volvió á creer que tal vez se acusara injustamente á Oliverio de la muerte de Cardillac.

En estas cosas pensaba, cuando de pronto entró Bautista muy agitado para decirle que Desgrais acababa de llegar: desde el terrible proceso de la Voisin, la presencia del agente en una casa era indicio de alguna persecución judicial. La señora de Scuderi mandó que se le dejase entrar.

—Noble dama—dijo Desgrais—monseñor la Reynie os ruega que permitáis á la Cámara Ardiente practicar una diligencia; no tiene derecho de exigíroslo, pero os lo pide en nombre del país. Oliverio Brusson parece presa de un acceso de locura; pone á Dios y á los santos por testigos de su inocencia, y al mismo tiempo no deja de repetir que ha merecido justamente el último suplicio. Estas palabras prueban que el asesinato del diamantista no es su único crimen; pero nin-

guna influencia ha podido arrancar á ese hombre la menor confesión; ante las amenazas del tormento permanece impasible, y repite que sólo hablará con una condición, y es que se le permita veros algunos instantes sin testigos.

—¡A mí!—exclamó la señora de Scuderi.—¡Habría de servir yo de instrumento á vuestro tribunal de sangre, asociándome á los actos de inexorable rigor que envían á la muerte á tantos infelices!... ¡No, Desgrais, jamás consentiré en ello; y aunque ese joven fuese mil veces asesino, no le tenderé un lazo!

—Pues dada vuestra negativa, señora, no le queda á la Cámara Ardiente más que un recurso, el tormento...

La señora de Scuderi se sintió desvanecer al oír aquella palabra fatal, que el agente pronunció con esa indiferencia propia de los hombres de su estado.

—No temáis, señora—prosiguió Desgrais fríamente—que se os conduzca al fondo de esos espantosos calabozos que una vez visitaistes. Traeremos aquí á Oliverio Brusson por la noche, sin aparato alguno, pero bien custodiado. Así os podrá hacer os las declaraciones más detalladas, y vos seréis dueña de revelar después los secretos que os haya confiado ó de guardar silencio si lo juzgáis conveniente. Nadie piensa en imponeros una obligación sobre este punto. Ya veis, señora, que nuestro paso os deja completa libertad de conciencia y de acción.

Estas palabras de Desgrais hicieron reflexionar profundamente á la dama; parecíale que una especie de fascinación se apoderaba de todas sus facultades, dominando su espíritu, y por un momento creyó que se la iban á revelar misterios de la más alta importancia.

—Dios me dará la fuerza y el valor necesarios—dijo;—traedme á Oliverio Brusson, que ya estoy dispuesta á escucharle.

A eso de la media noche oyéronse unos golpes secos en la puerta de la casa, como los que, en la misma hora fatal resonaron algún tiempo antes, cuando fué entregado el cofrecillo. El fiel Bautista, instruido de antemano, bajó para abrir la puerta; y la señora Scuderi, muy agitada, comprendió por el ruido que se oía fuera, que los arqueros cercaban la casa, y se colocaban centinelas en los sitios peligrosos.

La puerta de la habitación se abrió lentamente, y la buena dama vió entrar á Desgrais, seguido de Oliverio Brusson, que vestía un traje oscuro y llevaba las manos libres.

—He aquí el acusado—dijo Desgrais, con voz grave y solemne; y retiróse discretamente para que las dos personas pudiesen hablar con libertad.

Oliverio Brusson se arrodilló á los pies de la señora de Scuderi, elevó hacia ella sus manos suplicantes y comenzó á llorar.

—¡Vamos, desgraciado!—díjole la dama—habéis querido que os condujeran á mi presencia. ¿Qué deseáis revelarme?

Sin abandonar su actitud, el joven contestó suspirando:

—¿Con que es cierto que no os acordáis de mí?

La señora Scuderi le miró de nuevo con más atención, y parecióle hallar en las facciones del preso una vaga semejanza con una persona cuya memoria le era querida; y esta semejanza le inspiró un interés irresistible, lo cual excusaba, al parecer, la simpatía por Oliverio.

El joven se levantó, y con los ojos bajos y sombría la frente, murmuró:

—¿No os acordáis, pues, de una mujer que se llamaba Ana Guiot? Esa mujer tenía un hijo, á quien á menudo acariciasteis en su infancia; ese hijo soy yo...

—¡Cielos!—exclamó la señora de Scuderi, ocultando

su frente entre las manos, y dejándose caer en un sillón de encina, muda de estupor.

Ana Guiot, hija de un hombre del pueblo, debía á la noble dama esas atenciones que sólo una madre sabe prodigar, y que rodearon su cuna y su juventud; más tarde encontró y amó á un joven relojero muy hábil, y la señora Scuderi favoreció su unión. El cielo bendijo á los esposos y concedióles un niño que sirvió para estrechar los lazos de su mutuo afecto: era Oliverio, que al dejar su cuna, iba casi diariamente á recibir las tiernas caricias de la mujer célebre, cuya abnegación protegía sus jóvenes años. Más tarde, la envidia, que tantos males ocasiona, persiguió á Claudio Brusson; el desgraciado obrero, perdiendo poco á poco su trabajo, vióse reducido á la miseria, hasta el punto de no poder dar á su triste familia el pan cotidiano; y al fin resolvió marchar á Ginebra, para rehacer, á fuerza de trabajo, la humilde fortuna que ambicionaba. La señora Scuderi no quería abandonar aquella familia, cuya felicidad había labrado. Ana Guiot la escribió varias veces; después sus cartas comenzaron á escasear, y al fin cesaron del todo: su noble protectora pensó que alguna fortuna, obtenida por el trabajo en una ciudad extranjera, habría hecho olvidar los pasados beneficios, pues hacía ya veintitrés años que Claudio Brusson había salido de París para ir á establecerse en Ginebra con su esposa y su hijo...

—Ahora bien, querida protectora—dijo Oliverio—¿reconoceríais en el hombre á quien se acusa de asesinato á ese mismo niño á quien prodigabais en tiempos más felices las pruebas del más puro afecto? ¡Oh! ¡creedme, os lo suplico; aunque la Cámara Ardiente hubiese de agobiarme con todo el rigor que dicta sus sentencias, protestaré contra la sangrienta responsabilidad que ha herido al desgraciado Cardillac!

Al pronunciar estas palabras, Oliverio Brusson, sobrecogido de un temblor nervioso, parecía á punto de sucumbir á las violentas impresiones que le agitaban. La señora Scuderi, no menos conmovida, invitó á sentarse á su lado para continuar su narración.

—No debo vacilar—prosiguió el joven—en confiaros como á mi verdadera providencia los lúgubres detalles de mi triste historia. Por extraño que os parezca cuanto oigáis, por mucha que sea vuestra sorpresa al descubrir un misterio que debió quedar siempre ignorado para vos, prometedme, yo os lo suplico, escuchar hasta el fin. Yo había heredado desde mi más tierna juventud todas las miserias que acosaban á mis infelices padres, y transcurrieron para mí algunos años en medio de las luchas y percances de la vida. Mi padre, hombre frío y poco sociable, había perdido una á una todas las esperanzas, y debilitado al fin por sus esfuerzos, murió precisamente cuando acababa de conseguir que se me admitiera en casa de un célebre platero. Mi madre hablaba de vos diariamente; su última esperanza era daros á conocer por algún medio su situación y vicisitudes; pero á sus valerosos impulsos siguióse muy pronto la más angustiosa desesperación; su vida se extinguía poco á poco, y no tardó en seguir á mi padre á la tumba.

—¡Pobre Ana!—exclamó la señora de Scuderi, poseída del más hondo pesar.

Oliverio fijó en la dama una mirada penetrante, y añadió con amargura:

—¡Bendito sea Dios por haber permitido que esa pobre madre no presenciase el suplicio que la suerte reservaba á su infeliz Oliverio!

En aquel momento resonó en la calle un ruido singular.

—¿Oís?—preguntó Oliverio;—es Desgrais que avisa á sus hombres para que cierren todas las salidas,

como si yo pensara en sustraerme á la suerte que me espera.

Y continuó en estos términos:

«—En casa de mi maestro se me trataba duramente, pero á fuerza de trabajo llegué á ser más hábil que él y que los otros obreros, á pesar de lo cual no se me recompensó. Cierta día un desconocido entró en la tienda para comprar unas alhajas de precio, y al ver un collar que yo concluía, dióme un golpecito en el hombro y me dijo afectuosamente examinando mi trabajo:

»—¡Vive Dios, amiguito mío, que esta obra os honra mucho! A fe mía, creo que sólo podría aventajaros maese Cardillac, el primer diamantista de la época. Deberíais ir á verle, pues seguramente os recibiría con gusto en su taller, y seríais para él un buen auxiliar, pudiendo vos en cambio penetrar los admirables secretos de su arte.

»Estas palabras del benévolo desconocido me conmovieron singularmente, y desde aquel momento la residencia en Ginebra me pareció insoportable; rompí todos los lazos que me retenían allí, y marché á París para probar fortuna. Maese Cardillac me recibió por lo pronto con frialdad, pero conseguí que me ocupase en su casa. El primer trabajo que me confió fué la montura de un pequeño anillo de alto precio, y le complació tanto mi obra, que fijando en mí una brillante mirada, cual si hubiese querido penetrar mi secreto pensamiento, me dijo:

»—Oliverio, reconozco en ti las cualidades de un hábil obrero; te quedarás en mi casa, y procuraré que estés contento en cuanto á tu jornal.

»Así pasaron algunas semanas, trabajando yo asiduamente desde la mañana hasta la noche, sin más ambición por mi parte que llegar á distinguirme en mi profesión..... Aún no conocía á la hija de Cardillac.